

za de la fecundidad, al ver a los Froment dueños de la fundición por Dionisio, dueños del hotel Seguin por Ambrosio, dueños de la comarca por sus otros hijos. Era el número, era la victoria. Vencida, teniendo conciencia de su vencimiento, aunque esperando algún abominable desquite de la suerte, volvió la cabeza y dos lágrimas resbalaron por sus mejillas. Benjamín y Guillermo mamaban sin descanso. Mariana había cambiado de pecho a su hijo; Carlota vigilaba al suyo, a fin de que no la mordiera. Si no hubiese reinado tan bulliciosa alegría, se hubiese oído el ruido que hacía la leche al circular, ese arroyuelo que forma parte del torrente de savia que hincha la tierra, estremeciendo los grandes árboles y fecunda el mundo. Por todas partes, la vida arrastraba gérmenes a millares, creando, fecundando, nutriendo. Y para realizar la eterna obra de la vida, la leche manaba sin fin del pecho de las hembras.

LIBRO SEXTO

I

En la mañana de un domingo, Norina y Cecilia, que, a pesar de la festividad del día, trabajaban afanosamente a los lados de su pequeña mesa, por la proximidad de las Pascuas, recibieron una visita que las dejó pálidas de estupor y espanto. Hasta entonces su vida habíase deslizado tranquila y apacible, sin más preocupaciones que la entrega semanal del trabajo realizado y el dinero ahorrado que poner en la hucha cada tres meses. Habitaban ya ocho años en la vasta cámara de la calle de la Federación, junto al Campo de Marte; el hijo de Norina había crecido gallardamente entre sus dos madres, igualmente apasionadas y tiernas para él, tanto, que el muchacho acababa por confundirlas y no saber, a ciencia cierta, quién era verdaderamente su mamá, si es que una de ellas podía serlo más que la otra. Norina y Cecilia no trabajaban ni vivían ya más que para él,

la una hermosa todavía a los cuarenta años y separada para siempre de los hombres, gracias a su tardío amor maternal, y la otra, doncella a los treinta años, y enamorada de aquel muchacho como madre y esposa que ella no podrá ser jamás. Próximamente a las diez de la mañana de aquel hermoso domingo, llamaron fuertemente, y por dos veces consecutivas, a la puerta, y abierta ésta, presentóse a la vista de las dos hermanas un muchacho rechoncho, de unos dieciocho años, moreno, de cara cuadrada, mandíbula saliente y dura y ojos de un gris pálido, vistiendo una chupa hecha jirones y una gorra de paño negro, descolorida y sucia por añadidura.

—Perdonen ustedes—dijo el recién llegado,—¿viven aquí las señoras Moineaud, obreras en cartón?

Norina, de pié, miraba al visitante, presa de un súbito malestar. Su corazón se le había oprimido, como bajo el peso de una amenaza. Aquella figura no le era completamente desconocida; la había visto en alguna otra parte, aunque su memoria no le recordase dónde ni cuándo.

—Sí, aquí es—respondió.

Mientras tanto, el joven paseaba lentamente su vista por la habitación. Sin duda debía esperar el encontrar en ella algo que revelase mayor comodidad o riqueza, porque viendo el pobre y escaso mueblaje, hizo un gesto de desagrado y despecho. Después sus ojos se posaron sobre el niño que, distraído antes en leer, como muchacho aplicado, había levantado la cabeza para mirar al recién llegado. Finalmente, el joven acabó su rápida inspección fijando una mirada en aquella otra mujer que estaba allí, pálida y delgada, con aire inquieto también delante de aquel desconocido inesperado.

—Me habían dicho que era en el cuarto piso,

puerta de la izquierda—dijo el joven;—sin embargo, temía el engañarme, porque lo que tengo que decir, no puedo decirlo delante de todo el mundo... es un asunto, el que me trae aquí, muy poco agradable; les aseguro a ustedes que antes de decidirme a venir, lo he pensado mucho.

Hablaba pausadamente, arrastrando las palabras, y no separaba ya de Norina sus ojos, después de haberse asegurado una vez más de que la otra mujer era demasiado joven para ser la que buscaba. La angustia creciente que veía retratada en el semblante de Norina, el llamamiento evidente que ésta dirigía a su memoria, le hicieron prolongar por un instante más la prueba. Al fin se decidió.

—Pues bien; yo soy el niño que se dió a criar a una nodriza de Rougemont, y me llamo Alejandro Honorato.

No tuvo necesidad de decir más. Norina se había puesto a temblar de pies a cabeza; sus manos se juntaron convulsas y su faz descompuesta perdió por momentos el color. ¡Dios mío, Beauchéne! Sí; a Beauchéne es a quien se parecía por completo el recién llegado; sus mismos ojos de ave de rapiña, su misma mandíbula de sátiro caído en las más bajas voracidades. Norina sintióse desfallecer y tuvo que sentarse para no caer al suelo.

—¡Ah, es usted!—dijo simplemente Alejandro.

Y como la infeliz madre continuase tiritando, sin poder pronunciar una sola palabra, porque el miedo y la desesperación le apretaban la garganta, el joven sintió la necesidad de procurar tranquilizarla algo, si no quería cerrarse al primer golpe la puerta que acababa de hacerse abrir.

—Vaya; no hay por qué alarmarse de ese modo. Nada tiene usted que temer de mí, ya que mi

intención al venir no ha sido, ni de mucho, el causarles pena alguna. Lo que ocurre no puede ser más natural: al saber dónde estaba usted, he tenido el deseo de conocerla, pensando que quizá se alegraría de verme... Además, me encuentro en muy mala situación. Hace próximamente tres años que cometí la necedad de venirme a París, y en este tiempo le aseguro a usted que no he logrado otra cosa que pasar hambre. Los días en que uno no ha podido desayunarse, no puede menos que tener verdadera ansia por conocer a los padres que le arrojaron en medio del arroyo, pero que, sin embargo, no tendrían el mal corazón de negarle un plato de sopa. ¿No es así?

Las lágrimas asomaron a los ojos de Norina. Para ella era un colmo el regreso de aquel miserable abandonado, de aquel muchacho atrevido y desvergonzado, que empezaba por acusarla y gritar que tenía hambre. Honorato, irritado al ver que de su madre no sacaba más que temblores y sollozos, se dirigió a Cecilia.

—Ya que es usted su hermana, aconséjela. Dígale usted que es una tontería el querer quemarme la sangre. Yo no vengo a asesinarla, a buen seguro... Es muy chusco esto; ¡qué placer ha experimentado al verme! Y sin embargo, yo no he podido portarme mejor. Ni tan sólo le he dicho nada a la portera; se lo juro a usted.

Cecilia, sin contestarle, se había levantado de su asiento para acudir en socorro de Norina, mientras Alejandro se acercó al niño, de quien también se había apoderado el miedo, al ver que sus dos madres lloraban.

—¿De modo que ese galopín es mi hermano?

Pero Norina se puso rápidamente en pie, interponiéndose entre Alejandro y el niño. La idea loca de una catástrofe que les hundiera por completo

la aterraba; hubiera querido no ser mala, encontrar buenas palabras, y sin embargo, acababa de perder la cabeza en un sublevamiento de los sentidos, de odio y rencor.

—Ha venido usted por...—dijo al fin;—sí, ya lo comprendo. Es muy triste, muy cruel todo esto; pero, ¿qué puedo hacer yo? Después de tantos años, no es posible reconocerse... y, además, no soy rica, ya lo ve usted.

Alejandro, con una mirada, investigó nuevamente la habitación.

—Sí, ya lo veo, ya. Y diga usted: ¿Y mi padre? ¿Cómo se llama?

Norina quedó sobrecogida y tembló más. Alejandro continuó:

—Porque, lo que es mi padre, es rico; ya sabré yo obligarle a que suelte el dinero. No se arroja así como así a los hijos en un rincón de aldea.

Bruscamente, Norina sintió pasar por su mente todo el pasado. Beauchêne, la fábrica, el padre Moineaud, que acababa de salir enfermo, dejándolo allí a su hijo Víctor. Dominóla una prudencia instintiva y comprendió que no debía revelar a su hijo el nombre de su padre, por las complicaciones terribles que aquella revelación podría producir. Su miedo a aquel muchacho oscuro, que respiraba vicio y holgazanería, la inspiró.

—El padre de usted—dijo,—hace mucho tiempo que ha muerto.

Sin duda, Alejandro no había podido adquirir ninguna noticia acerca del autor de sus días, pues nada objetó, ni se atrevió a dudar, debido seguramente a la enérgica voluntad que Norina había puesto en su afirmación. El muchacho no hizo más que revelar su cólera con un gesto brutal, al ver destruída su esperanza de encontrarse con un padre rico, y exclamó:

—Será preciso, pues, morir de hambre.

Norina, trastornada, no sentía más que la necesidad de que su hijo se marchara cuanto antes, pues su presencia la torturaba atrocemente, con una tortura mezcla extraña de remordimientos, compasión, espanto y horror. Abrió un cajoncito, sacó de él una moneda de diez francos, de sus economías de tres meses y destinada a aguinaldo del pequeño, y dándosela a Alejandro, dijo:

—Tome usted; no puedo hacer nada más por usted. Vivimos tres en esta habitación y apenas tenemos pan... Lamento mucho saber que es usted desgraciado; pero no cuente para nada conmigo. Haga usted como nosotras: trabaje.

Alejandro cogió los diez francos y quedóse un instante indeciso, diciendo que no había ido allí por dinero, pues sabía hacerse cargo de las cosas. Añadió que él sabía portarse bien con las gentes, cuando éstas se llevaban igualmente con él, y repitió que su idea no era dar ningún escándalo, mucho menos desde el momento en que Norina se mostraba tan buena y tan amable. Una madre ruin hubiera creído cumplir con su deber dando diez sueldos. Después, al ir a retirarse finalmente, dijo:

—¿No quiere usted abrazarme?

Norina le abrazó; pero con los labios fríos y el corazón muerto, y quedó en sus mejillas un pequeño temblor por los dos besos que él la dio con su afectación ruidosa.

—Conque hasta más ver. Es muy triste el ser pobres y no poder vivir juntos; pero en fin, ahora al menos, sabemos que vivimos, y de vez en cuando ya tendré el gusto de subir a darles los buenos días.

Norina se había dejado caer sobre una silla, como aplastada por una catástrofe. Cecilia, tan

postrada como su hermana, postróse igualmente y habló la primera para expresar el asombro, la protesta contra tan inesperada como terrible visita.

—Pero no le has preguntado nada; de dónde viene, qué hace, qué quiere. Y sobre todo, cómo ha podido averiguar tu nombre y tu paradero. Esto es lo que nos interesaba saber.

—¡Ah!—contestó Norina.—Es verdad; pero, ¿qué quieres? No he tenido ni fuerza para hacerle una sola pregunta. En cuanto me dijo su nombre, me quedé fría, muerta, sin saber lo que me pasaba. ¡Oh, es él, no hay duda! El vivo retrato de su padre. Y ahora vamos a vivir continuamente bajo el peso de esa amenaza, como si temiéramos a cada momento que la casa se desplome sobre nuestras cabezas.

Y se puso a llorar, balbuceando algunas palabras, anegada en llanto.

—Un muchacho de dieciocho años, que se os presenta de improviso, sin decir oste ni moste... Y yo no le quiero, no puedo quererle. Cuando me ha besado, he sentido un frío intenso, como si mi corazón se hubiera congelado. ¡Dios mío! ¡Cuán vil, miserable y cruel es todo esto!

Y como su hijo, al verla llorar, se arrojara sobre su madre, despavorido, llorando también, Norina le estrechó frenética entre sus brazos.

—¡Ah, mi pobre pequeño! Con tal de que tú no sufras, de que no caigan sobre tí culpas ajenas... ¡Ah, esto sería un castigo demasiado atroz! Decididamente hay que ser buenos, si no se quiere sufrir algún día remordimientos.

Por la noche, las dos hermanas, algo calmadas ya, decidieron escribir a Mateo, acordándose Norina de la visita que aquél les hiciera algunos días antes, para preguntarles si Alejandro había ido a

verlas; él solo conocía el secreto y sabría lo ocurrido. En cuanto Mateo recibió la carta, se apresuró a acudir a la calle de la Federación, inquieto por lo que podría ocurrir en la fábrica si la aventura repercutía allí, dada la actual situación de Beauchéne, a quien cada día se le presentaban mayores dificultades. Después de interrogar extensamente a Norina, adivinó que Alejandro había descubierto la dirección de su madre por la Cou-teau, sin comprender bien todavía el encadenamiento lógico de los hechos, que presentaba aún algunas lagunas. Por fin, al cabo de un mes de discretas pesquisas, de conversaciones con la señora Menoux, con Celeste y con la misma Cou-teau, pudo restablecer poco a poco los hechos. El aviso venía de la información que él mismo mandó practicar a la corredora, cuando ésta se trasladó a la aldea de Saint-Pierre para averiguar noticias acerca del muchacho, que debía estar de aprendiz en casa del carretero Montoir; la Cou-teau había hablado demasiado, había dicho más de lo conveniente, sobre todo al otro aprendiz del carretero, Ricardo, de instintos tan malos como Alejandro, y que siete meses más tarde que aquél se había largado de la aldea, robando igualmente a su patrono. Desde esta fecha, los años habían pasado y se había perdido toda huella; pero más tarde, de improviso, los dos antiguos aprendices se habían encontrado en las calles de París, y el rojo había contado al moreno toda su historia. Esto todavía no era bastante, y Mateo quiso averiguar cómo el muchacho había podido descubrir la dirección de su madre, contando con la hipótesis de que se lo habría comunicado la Cou-teau, puesta al corriente de todo por Celeste. De esto casi tuvo la prueba, cuando supo en casa de la Broquette que un muchacho, de mandíbulas

brutales, había ido dos veces a hablar con la corredora. Sin duda los hechos quedaban algo oscuros, y la aventura se agitaba en la sombra trágica de los subsuelos parisinos, de los que no era muy sano remover el cieno. Mateo acabó por contentarse con darse ligera cuenta del asunto, presa también de espanto ante la vida obscura de aquellos dos bribones, sueltos sobre el pavimento de la gran villa, viviendo al azar, arrastrando por todas partes su vicio y su holgazanería. No tuvo más que la certidumbre consoladora de que si la madre era conocida, el nombre y la situación del padre no eran ciertamente sospechados por nadie. Cuando Mateo volvió a ver a Norina, debió aterrorizarla con la relación de algunos milagros de Alejandro.

—¡Oh! Le suplico a usted que no vuelva más. Encuentre usted un medio para conseguirlo. Me hace mucho daño el verle.

Naturalmente, Mateo nada podía hacer, y todos sus esfuerzos se redujeron a impedir que Alejandro descubriera a Beauchéne. Lo que acababa de saber acerca de aquel muchacho, era tan horrible, tan bajamente doloroso, que quería evitar a Constanza el afrentoso escándalo del «chantage» en perspectiva. Mateo veía a aquella mujer palideciendo ante la ignominia de aquel hijo que tan apasionadamente había buscado, y juzgaba necesario y piadoso guardar el secreto a toda costa.

Esta resolución fué tomada después de una empeñada lucha consigo mismo, pues encontraba duro abandonar a aquel miserable en el lodazal en que se había encharcado. ¿Había aún salvación posible para él? No lo creía. Además, ¿quién podría llegar a hacer aquella cura milagrosa, aquella cura por medio de la honradez y del trabajo? Era un sér más en el mar, durante deshecha

tempestañ, y sentía tener que abandonarle, aunque dudase de que hubiera medio razonable para poder salvarle.

—Mi opinión—dijo a Norina—es que en estas circunstancias debe usted ocultarle el nombre de su padre. Más tarde ya veremos. Hoy, decirselo, sería exponerse a serios disgustos.

Norina aprobó vivamente aquella determinación.

—¡Oh, no se inquiete usted por eso! Le he dicho ya que su padre había muerto. Toda la historia de lo pasado volvería a caer sobre mí, y yo no tengo más que deseos de que se me deje tranquila en este rincón, con mi querido pequeño.

Mateo, inquieto y triste, reflexionaba todavía, sin poder decidirse a abandonar a Alejandro a su suerte.

—Yo le encontraría algún trabajo, si quisiera trabajar. Más tarde, cuando no temiese ya que me malease mi pequeño pueblo, le tomaría en la granja... Voy a ver; conozco un carretero que sin duda le emplearía. En fin, yo le escribiré a usted su respuesta para que, cuando su hijo venga a verla, pueda usted indicarle dónde ha de presentarse, si es que desea trabajar.

—¿Cómo? ¿Cuando vuelva?—gritó Norina, desesperada.—¿cree usted, pues, que va a volver? ¡Oh, Dios mío, Dios mío! No podré ser jamás feliz.

En efecto, Alejandro volvió a casa de su madre; pero cuando ésta le dió la dirección del carretero, se encogió de hombros, sonriendo con sorna. Ya conocía él a los carreteros de París, explotadores del obrero, haraganes, que hacían trabajar a los demás para ellos. Además, él no había acabado su aprendizaje, no servía más que para hacer recados, y quería, para ocuparse, una plaza en algún gran almacén. Mateo le procuró la plaza

que dijo desear, y no la ocupó más que quince días, desapareciendo de improviso con los paquetes de mercancías que llevaba. Sucesivamente, empezó el oficio de panadero, de albañil; fué empleado en los mercados, y en todas partes acababa lo mismo: dejando por liquidar toda suerte de villanías. Mateo, descorazonado por completo, hubo de renunciar a la salvación de aquel desalmado. Fué preciso limitarse simplemente a darle con qué procurarse ropa y pan cuando se presentaba en el mundo, semidesnudo y hambriento.

Norina no vivía ya más que en continua y mortal inquietud. Durante semanas enteras, Alejandro desaparecía en absoluto; pero no por eso la pobre madre dejaba de temblar al menor ruido de pasos que se oía en la escalera, pues le esperaba todas horas, y cuando llamaba brusca y violentamente, se echaba a temblar, reconocía al momento el golpe de su puño. Alejandro se percató bien pronto del terror que inspiraba, y abusaba de ello cada vez más y mejor para sacar todo lo que su madre guardaba en el fondo de los cajones. Cuando ella le ponía en la mano una moneda de cien sueldos, él no se contentaba, empeñándose en escudriñar por sí mismo los cajones, para ver si había otra. Muchas veces caía en la casa sobrecitado, contando que iría a la cárcel por la noche si no tenía antes diez sueldos y queriendo romper todo lo del cuarto para llevarse el reloj para venderlo. Y era necesario que Cecilia se interpusiera y le arrojase fuera, muy valientemente, a pesar de lo delicada y débil que era. Pero Alejandro no se marchaba sino para volver al cabo de unos días con nuevas exigencias y amenazas de pregonar su historia en la escalera. Un día, como su madre llorase, diciéndole que no tenía ni un sueldo para poder darle, él mismo descoser el colchón, añadiendo que allí ten-

dría Norina escondido su gato. El pobre hogar de las dos hermanas estaba convertido en un verdadero infierno.

Pero el colmo del desastre fué que Alejandro trabó conocimiento en la calle de la Federación con Alfredo, el más joven de los hermanos de Norina, que tenía entonces veinte años, dos más que su sobrino de ocasión, como llamó chancerramente a Alejandro desde su primer encuentro. El tal Alfredo era el peor vagabundo de las aceras, el holgazán pálido, de cara imberbe y sin cejas, ojos parpadeantes, boca torcida, con toda la ruín planta del arroyo, brotando libremente en el estercolero parisién. A la edad de siete años robaba a sus hermanas y golpeaba a Cecilia para arrancarle su jornal los sábados. Jamás la madre Moineaud había conseguido hacerle frecuentar la escuela, ni seguir el aprendizaje de ningún oficio, lo cual acabó por irritarla de tal manera, que ella misma lo arrojó a la calle, a fin de que la dejara en paz. Los hermanos mayores le daban continuos golpes, el padre estaba en su trabajo desde la mañana a la noche, y el hijo, moralmente abandonado, crecía para el vicio y para el crimen, en medio de la hirviente ola de galopines y tunantuelos de su edad, que se corrompían juntos, como las manzanas tempranas, caídas del árbol. Así había crecido, entre la corrupción; era ni más ni menos que el excelso sacrificado de la familia pobre, las sobras vertidas en el albañal, el fruto podrido que pudría a los otros.

Lo mismo que Alejandro, no vivía más que al azar, sin que se supiera ni aun donde se acostaba, desde que la madre Moineaud había ido a morir al hospital, extenuada de haber parido demasiado en la miseria y bajo la ruina de un rudo matrimonio. El padre Moineaud, menor en dos

años a su esposa, acabado como ella, paralítico, lamentable ruina de cincuenta años de injusto trabajo, acababa de verse obligado a abandonar la fábrica, cobrando una pequeña pensión de retiro, que debía a la iniciativa de Dionisio. La casa quedó vacía y los miserables enseres que contenía lanzados a los cuatro vientos. El infeliz obrero caía ya en la segunda infancia, aconchado por su largo esfuerzo de viejo caballo de carga; bebía de sus cuatro sueldos, no podía quedar solo, impotente para dar un solo paso, las manos tan temblorosas, que no podía ni encender la pipa; de modo que había tenido que ir a dar fondo en casa de sus dos hijas, Norina y Cecilia, las únicas de la familia que habían tenido el buen corazón de recibirlo. Le habían alquilado un gabinete encima de su piso, en el quinto, y le cuidaban, gastando su mísera pensión en alimentarle y conservarle, a más de los sacrificios que ellas se imponían para conseguirlo. Esto hacía, como ellas le veían con aire animoso y alegre, que tuviesen al presente dos niños, el más pequeño y el más viejo, una pesada carga para dos mujeres que vivían desde la mañana hasta la noche. La ironía del destino quiso que el padre Moineaud no encontrara refugio más que en casa de Norina, la hija en otro tiempo arrojada por él de su domicilio, maldecida, inepta, aquella holgazana que le deshonraba... A aquella era a la que besaba las manos ahora, cuando le ayudaba a encender la pipa, por temor de que fuera a quemarse los dedos o la punta de la nariz.

El viejo nido de los Moineaud se bamboleaba, destruído; la familia entera se hallaba dispersa, volando al azar. Sólo Irma, gracias a su buen casamiento con un empleado, vivía feliz, hacía de se-

flora, no queriendo ni aun ver a sus hermanos y hermanas. Víctor empezaba en la fábrica la misma vida que anteriormente llevó su padre, dando vueltas a la muela que aquél tuvo que abandonar. Se había casado, y sin cumplir los treinta y seis años, tenía seis hijos ya, tres niños y tres niñas. Reharían la historia de los padres: noches de contradanza imprevista tras eternos días sin pan; partos continuos, agravando las demás necesidades del hogar, y finalmente el ajamiento, la parálisis, tal vez el hospital... mientras tanto sus hijos continuarían, a su vez, sin darse cuenta siquiera de ello, el pululamiento de la raza maldita de los hambrientos...

En casa de Eufrasia, el inevitable destino era todavía más trágico. La miserable operada no había tenido aún la suerte suprema de morir. Reducida a la nada, desde que dejó de ser mujer, había poco a poco inmovilizado en su lecho, incapaz de un gesto viviente empero, escuchando, mirando, comprendiendo. Desde aquella tumba abierta, había asistido durante meses enteros a la destrucción de lo que quedaba de su casa; no era ya más que un sér a quien su marido injuriaba, a quien la señora Josefa, convertida al fin en ama y dueña, torturaba, dejándola días enteros sin agua, arrojándola cortezas y migajas, como a una bestia enferma a quien no se le cambia ni aun la paja sobre que se tiende. Todavía ella se resignaba, sobrecogida de miedo y de humildad. Lo peor es que los tres niños, las dos gemelas y el muchacho, abandonados, se revolcaban en la basura, caían en el arroyo. Benard, el marido, habíase puesto a beber con la señora Josefa, trastornado por el desastre de su hogar. En seguida uno y otro se golpearon, destrozándolo todo, zurrando a los niños, que volvían rotos y pingajosos, con los bol-

los llenos de objetos robados. Por dos veces Benard desapareció durante ocho días. A la tercera volvió. Cuando fué preciso pagar al casero, la señora Josefa desapareció a su vez con otro hombre. Esto fué el fin. Eufrasia tuvo que hacerse llevar a la Salpetriere, mientras que sus hijos, sin domicilio, quedaban en el arroyo. El muchacho desapareció a su vez como tragado por una cloaca. Una de las gemelas murió el invierno siguiente en el hospital. La otra, Antonieta, una joven delgada, terrible bajo su aspecto miserable, rubia, sin ojos y dientes de loba, vivía bajo los puentes, en el fondo de las canteras, prostituída a los diez años, vieja a los dieciséis en la rapiña y el robo. Era el caso de Alfredo, agravado; la hija empujada en la calle, abandonada moralmente, acelerada por el crimen. Tío y sobrina se encontraron e hicieron vida juntos, sin que se supiera con precisión por dónde paraban, quizá por la parte de los Molineaux, donde había muchos hornos de yeso.

Un día, Alejandro, al subir a casa de Norina, se encontró con Alfredo, que a veces iba también para sacar una pieza de diez sueldos al padre Molineaud. Los dos jóvenes bandidos se marcharon juntos, conversaron y se entendieron. De allí nació una completa asociación. Alejandro vivía con Ricardo, y Alfredo les llevó a Antonieta. Fueron cuatro, y sucedió que la flacucha y débil Antonieta se apasionó por Ricardo, un coloso, al cual, Alfredo, consintió en cederla, como buen camarada. Desde entonces, cada noche la muchacha era abofeteada por su nuevo amo, cuando no le daba cien sueldos. Pero ella encontraba aquellas palizas muy agradables, jella, que por un papiñazo hubiera arañado a cualquiera como una

Fecundidad.—T. II.—17.

gata furiosa! La historia común se desarrolló; primero, la mendicidad ejercida por aquella joven, todavía niña, a quien los tres vagabundos lanzaban a tender la mano, obligando a la limosna a los burgueses retrasados por las noches y sorprendidos en algún sitio solitario; después la prostitución, la niña ya mujer llevando a los hombres detrás de las empalizadas, entregando a sus amigos a aquellos que resistían a pagar; más tarde el robo, el pequeño robo, para empezar después los golpes más serios, las expediciones premeditadas, estudiadas como verdaderos planes de guerra. La banda se acostaba donde podía; era el sitio de las correrías sin fin, a través de las maderas del Rastro, en espera de la noche, que entregaba a París a su devastación. Se les encontraba en los mercados, en los boulevares, en los figones débregos, en las desiertas avenidas, en todas partes donde husmeaban botín, algo que ratear, la alegría del vicio que disfrutar a costa de los otros. Una verdadera tribu de salvajes sueltos en plena civilización, viviendo fuera de la ley, toda una camada de jóvenes fieras batiendo la foresta, la peste humana muerta en estado de barbarie, abandonada desde su nacimiento, presa de sus antiguos instintos de pillaje y de carnicería. Como las malas hierbas, brotaban juntos, se envalentaban más cada día, exigían un rescate crecientemente de los imbéciles que trabajaban, extendiendo su vuelo, precipitando su marcha hacia el crimen.

Al azar de un minuto de lujuria, la mala semilla había fructificado; el niño había nacido sin que nadie lo pensara, por casualidad y en seguida fue puesto sobre la acera donde se había de corromper, siendo con el tiempo otro fermento de descomposición social. Todos esos pequeños abandonados

al arroyo, como se lleva al albañal a los pequeños gatos demasiado numerosos, esos vagabundos que mendigaban, que se prostituían, que robaban, formaban el estercolero donde germinaba el crimen. La infancia miserable entretenía así su hogar de espantosa infección, en la sombra trágica de los bajos terrenos parisinos. Aquella semilla, tan imprudentemente arrojada a la calle, se convertía en una cosecha de latrocinio, en afrentosa cosecha que rajaba la sociedad entera.

Quando Norina se enteró de las hazañas de la banda, por las fanfarronadas de Alejandro y Alfredo, que se divertían en asombrarla, sintió tal miedo, que hizo poner un cerrojo de seguridad en la puerta de la habitación, no abriendo por las noches, sin asegurarse antes de quién era el que llamaba. Desde hacía dos años próximamente que duraba su suplicio; la espectación temblorosa en que estaba siempre al recibir la visita de su hijo, el cual amenazaba con vengarse atrocemente cuando tenía que marcharse con las manos vacías. Un día, sin que Cecilia pudiese oponerse, arrojóse sobre el armario y se llevó un paquete de lienzo, pañuelos y servilletas, sin que las dos hermanas se atrevieran a perseguirle por la escalera.

El invierno fué muy crudo. El triste hogar de las dos pobres obreras, tiranizadas por el destino, hubiera sido invadido por el hambre y el frío, no ser por los socorros que les llevó con gran regularidad su antigua amiga la señora Angelín, la cual seguía siendo dama delegada de la Asistencia pública y continuaba vigilando a los hijos de las solteras en aquel terrible barrio de Grenelle, que la miseria devoraba; pero, desde hacía algún tiempo que nada podía hacer por Norina, a nombre de la Asistencia. Si todos los meses llevaba una pieza de veinte francos, era por-

que personas caritativas la confiaban limosnas, sabiendo que ella tendría a quien distribuir las fácil y útilmente, en el fondo del espantoso infierno en que su misión la obligaba a vivir. La Angelín, por su parte, ponía su alegría, el gran consuelo de su vida desolada, sin hijos, en dar también a las madres pobres, cuyos pequeños se reían desde que la veían entrar con las manos llenas de chucherías y golosinas. Un día, con un tiempo espantoso de viento y lluvia, la señora Angelín se detuvo un instante en casa de Norina. Eran apenas las dos y empezaba su visita, teniendo sobre las rodillas un pequeño saquito lleno de monedas de oro y plata que iba a distribuir. El padre Moineaud se encontraba allí, frente a ella, empujado en una silla, fumando su pipa, y la visitante explicaba que hubiera querido conseguirle un socorro mensual.

—Pero—dijo,—¿si supiera usted lo que sufre el pobre mundo en estos días de invierno! Nosotras estamos asediadas de peticiones y no podemos atenderlas todas. Ustedes aun se pueden contar entre los dichosos. Yo veo otros infelices acostados sobre el santo suelo, como perros, sin tener un pedazo de carbón para calentarse, ni una patata para alimentarse. ¿Y los pobres pequeñuelos? ¡Dios mío! Hacinados, sin zapatos, desnudos, en camino para la cárcel o el cadalso si la tisis no les detiene y les mata antes. Es horrible.

La pobre mujer sentía verdadero horror y cerró los ojos, como para escapar a la horripilante evocación de las miserias, de las vergüenzas, de los crímenes, de que era testigo en sus continuas carreras a través de aquel infierno de la maternidad pobre, de la prostitución y del hambre. Y poníase pálida, quedaba muda, no osando decirlo todo, habiendo tocado el fondo de la abominación

humana. A veces temblaba, miraba al cielo, como preguntándole qué cataclismo vengador se iba a tragar la ciudad maldita.

—¡Ah!—murmuró todavía.—¡Sufren tanto, que sus culpas deben ser perdonadas!

Atónito y embrutecido, Moineaud la escuchaba sin apariencias de comprender. El infeliz retiró penosamente su pipa de la boca, la cual le imponía un esfuerzo considerable, a él, que durante cincuenta años se había batido denodadamente contra el hierro en el torno y en el yunque.

—No hay más que la buena conducta—tartamudeó sordamente;—cuando se trabaja, es uno recompensado.

Cuando quiso volver a meter la pipa entre sus labios, no pudo. Su mano, anquilosada por las herramientas del trabajo, temblaba demasiado. Y fué preciso que Norina se levantara para ayudarle.

—¡Pobre padre!—dijo Cecilia, que no había interrumpido su trabajo.—¿Qué hubiera sido de él si no le hubiéramos recogido? De seguro que no hubiera sido Irma, a pesar de sus sombreros y sus trajes de seda.

El pequeño muchacho de Norina, desde que la señora Angelín se hallaba allí, se había plantado delante de ella, pues sabía muy bien que los días en que la bondadosa dama iba a visitarles, había postres por la noche. Y la sonreía, la contemplaba con sus ojos claros, con la alegría de su carita rubia y cabellos de sol desgredados. Cuando la señora Angelín notó con qué ávida y alegre mirada esperaba el muchacho que abriese su bolso, fué presa de gran enternecimiento.

—Ven a abrazarme, mi pequeño amigo.

La infeliz no tenía más dulce recompensa que el beso de los niños, en las casas pobres a don-

de llevaba un poco de consuelo. Sus ojos se llenaron de lágrimas cuando el pequeñuelo le hubo saltado al cuello, y dirigiéndose a la madre, repitió:

—No, no se quejen, hay seres todavía más desgraciados que ustedes... yo conozco a una infeliz que, por tener un niño como éste, aceptaría con gusto esta miseria, y esas cajas, a pegar desde la mañana hasta la noche, y esta vida de reclusión en esta pobre estancia que esta criatura basta para inundar de sol y llenar de alegría... ¡Ay, Dios mío, si quisieran ustedes, si pudiéramos cambiar!...

Callóse por un instante, temiendo estallar en sollozos. Aquella era su eterna llaga, siempre abierta: el hijo aguardado para más tarde y que no había llegado ya, ni llegaría. Los esposos Angelín envejecían al presente en una soledad amarga, ocupando tres pequeñas habitaciones en la calle de Lille, viviendo del sueldo de dama delegada de la Asistencia y de lo que habían podido salvar de su fortuna. Completamente ciego el antiguo pintor de abanicos, no era ya más que una cosa, un objeto que la señora Angelín sentaba por la mañana en un sillón y que encontraba allí por las noches cuando volvía de sus continuas correrías a través de las miserias espantosas, las madres culpables y los niños mártires. El desventurado no podía comer, ni acostarse sin ella; era un niño, como decía la esposa, con ironía desesperada, que hacía llorar a los dos. ¿Un niño? Ella había acabado por tener uno: su marido. Un niño viejo, que sin contar todavía cincuenta años, parecía tener ochenta; que soñaba con el sol, en su eterna noche negra, durante las largas horas que tenía que pasar solo. Por esto la señora Angelín, no sólo envidiaba a Norina su hijo, sino que también a aquel viejo, fumando en su pipa, aquel deshecho del

abajo, que al menos veía y que, por lo tanto, vivía aún.

—No atormentes a la señora—dijo Norina a su hijo, viendo a la visitante tan emocionada;—vete a jugar.

Sabía, por Mateo, algo de su historia. Sentía por la bienhechora gran reconocimiento, una especie de espejo apasionado que la hacía tímida, indiferente, cada vez que la veía sonriente y bondadosa, distinguida, siempre vestida de negro, con los restos de su belleza arruinada a los cuarenta y seis años apenas. Era para Norina como una ruina destronada, sumida en espantosos e injustos dolores.

—Vete, vete a jugar, querido. Estás molestando a la señora.

—Molestarme, ¡ah!, no!—exclamó la señora Angelín, venciendo su emoción.—Al contrario, me alivia y me consuela... Abrázame, abrázame más, querido mío.

Después se repuso y continuó diciendo:

—Vamos; me entretengo demasiado. Tengo muchas visitas que hacer antes de que llegue la noche... Aquí tienen lo que se puede hacer por ustedes.

Pero en el preciso momento en que sacaba una moneda de oro de su pequeño bolso, dejóse oír un golpe de puño, dado en la puerta. Norina palideció espantosamente; había reconocido en el momento de llamar, a Alejandro. ¿Qué hacer? Si no abría, el bandido continuaría llamando hasta promover un escándalo. Tuvo que abrir. Por fortuna no ocurrió lo que ella temía. Alejandro, sorprendido de encontrar allí aquella dama, no desplegó los labios tan siquiera; entró y se quedó de pie, arriado a la pared. La inspectora había alzado y tornado sucesivamente los ojos, comprendien-

do que aquel muchacho, acogido de aquella manera, sería un amigo o un pariente. Y continuó sin ocultar nada.

—Aquí tienen veinte francos; no se puede hacer más por ahora; pero yo les prometo que el mes próximo trataré de doblar la suma. Es el mes del alquiler; he solicitado ya por todas partes, y se dará lo más que se pueda... ¡Oh! Hay tantas demandas...

El pequeño bolso había quedado abierto sobre sus rodillas, y con sus ojos lucientes, Alejandro lo escudriñaba, hacía cálculos acerca del oro, la plata y el cobre que contenía. Siempre silencioso, miró cómo la señora Angelín lo cerraba, liaba en su puño la cadenilla y decía al levantarse de su silla para despedirse:

—Vaya, hasta más ver; hasta el mes próximo. Vendré, seguramente, el día 5, y empezaré mis visitas por ustedes; pero es posible que venga algo más tarde que hoy, pues precisamente es la fiesta onomástica de mi pobre marido. Conque mucho ánimo y trabajen mucho.

Norina y Cecilia se habían levantado para acompañarla hasta la puerta, donde hubo todavía nuevas expresiones de reconocimiento, y el niño besó otra vez a la dama en sus dos mejillas, con todo su corazón. Las dos hermanas, que estaban muy intranquilas por la aparición de Alejandro, respiraron entonces con libertad. La aventura acabó todavía bien, pues el bribón se mostró muy razonable y se contentó con una moneda de cien sueldos. No trató de torturarlas, como de costumbre, y se marchó tranquilamente silbando un aire de caza.

El día 5 del mes siguiente, un sábado, fué uno de los más lluviosos y sombríos de aquel triste invierno. Desde las tres de la tarde, la noche se

hizo casi completa. Había en aquel extremo, casi desierto, de la calle de la Federación, un vasto trozo de terreno baldío, un terreno a desmontar, que, desde hacía años, estaba cerrado por una empalizada podrida por la humedad. De la cerca faltaban en una de las extremidades algunas tablas, que dejaban abierta una brecha. Toda la tarde, una joven delgaducha estuvo allí, a pesar de los continuos chubascos, envuelta en un pedazo de chal agujereado que la cubría hasta los ojos, sin duda para preservarla del frío.

Debía esperar lo que el azar la trajese; la limosna de algún transeunte caritativo, la lujuria de algún vagabundo. La impaciencia que sin duda la dominaba, la hacía separar a cada momento de las tablas a que estaba pegada, como una bestia en acecho, alargando su horrible cabeza de garruña, escudriñando allá abajo, hacia el Campo de Marte.

Las horas se deslizaron lentas y pesadas; sonaron las tres y rodaron por el firmamento nubes tan sombrías, que la joven pareció una cosa perdida, arrojada en las tinieblas. De vez en cuando, alzaba la cabeza y miraba con sus ojos lucientes cómo se ennegrecía por momentos el cielo, como dándole gracias por arrojar tanta obscuridad en aquel rincón desierto. En el momento en que empezaba a caer un verdadero diluvio, una dama avanzó, vestida toda de negro, bajo un paraguas abierto. Marchaba de prisa, evitando los baches, como mujer económica que hace sus carreras a pié, para ahorrarse el gasto del coche.

Antonieta debió reconocerla de lejos. Era la señora Angelín, que venía de la calle de Lille e iba recorriendo las casas de los pobres con la cadenilla de su pequeño bolso liada a su puño. Cuando la muchacha vió brillar el acero de aque-

lla cadenilla, no dudó ya y lanzó un silbido. Al momento se elevaron de un rincón obscuro del terreno baldío, gritos y sollozos, mientras que la joven se ponía también a gemir, lanzando llamamientos dolorosos.

La señora Angelín se detuvo asombrada.

—¿Qué tiene usted, hija mía?—preguntó.

—¡Ah, señora! Mi hermano, que ha caído allá abajo y se ha roto una pierna.

Y estalló en sollozos, preguntando lo que iban a hacer y diciendo que estaba desesperada, pues haría más de diez minutos que llamaba sin que nadie acudiese en su socorro, a causa sin duda de la lluvia y aquel tiempo de perros. Entretanto aumentaban en el fondo de aquel trozo de terreno baldío los gritos dolorosos.

La señora Angelín, a pesar de su emoción, tuvo un momento en que vaciló, en que llegó a desconfiar.

—Es preciso correr en busca de un médico, mi pobre niña. Yo no puedo hacer nada.

—¡Oh! sí, señora; venga usted. Yo no sé dónde encontrar un médico... venga usted. Me ayudará a recogerle, pues yo sola no puedo, y le meteremos, al menos, bajo el tinglado, para que la lluvia no caiga sobre él.

Esta vez la señora Angelín no desconfió ya y cedió; tan mísero parecía el aspecto de la joven. Sus visitas continuas a los tabucos, donde el crimen brotaba, sobre el estiércol de la miseria, habíanle hecho valiente; tuvo que cerrar su paraguas para atravesar la entrada que dejaban las tablas rotas, colándose dentro detrás de la joven que marchaba delante de ella, envuelta en su pingajo de chal, la cabeza desnuda y el cuerpo delgado y flexible, como el de un gato.

—Deme usted la mano, señora, y tenga cuidado,

porque por aquí hay muchos charcos. Es allá abajo, en el fondo; ¿oye usted cómo se lamenta el pobre? ¡Ah! ya hemos llegado.

Entonces ocurrió una rápida escena, terrible y salvaje. Los tres bandidos, Alejandro, Ricardo y Alfredo, que estaban ocultos en las sombras, saltaron, arrojándose sobre la señora Angelín y derribándola con furia de lobos hambrientos. Alfredo, el más cobarde de los tres, dejó a los otros dos bandidos y corrió al agujero de la empalizada, a ponerse en acecho, junto con Antonieta. Alejandro, que tenía preparado su pañuelo, arrojado en forma de tapón, lo puso en la boca de la dama, para sofocar sus gritos. Su intención no era más que atontarla de un golpe y escaparse con el pequeño bolso; pero el pañuelo, mal colocado, permitió a la infeliz lanzar un terrible y agudo grito; en aquel momento Alfredo y Antonieta dieron la señal de alarma, sin duda porque se aproximaba algún transeunte.

Era preciso acabar. Alejandro le anudó el pañuelo al cuello, mientras que Ricardo le hundía un puñetazo el grito en la garganta. La locura de sangre sopló, y los dos asesinos se pusieron a forcear el pañuelo, a apretarlo, a arrastrar a la infeliz por el barro hasta que dejó de moverse. Después, como los silbidos de alarma se reproducían, cogieron el bolso, dejaron allí aquel cuerpo inanimado con el pañuelo atado al cuello y juntábase con sus compañeros, huyendo los cuatro hacia el puente de Grenelle. Allí se repartieron por los bolsillos los sueldos, las monedas de plata y las monedas de oro y arrojaron el bolso al Sena. Cuando Mateo leyó en los periódicos los detalles del crimen, quedóse sobrecogido de espanto y se apresuró a acudir a la calle de la Federación. La identidad de la señora Angelín, fácilmente con-

seguida, el asesinato cometido en aquel terreno baldío, a cien metros de la casa donde habitaban las dos hermanas, le sugirieron un terrible presentimiento.

Sus temores se vieron pronto confirmados, cuando, después de llamar por tres veces a la puerta, Cecilia, temblorosa, le abrió, después de haberlo reconocido previamente. Norina estaba en cama, enferma, blanca como las sábanas. Apenas vio a Mateo, la pobre madre se echó a llorar y le contó lo ocurrido, estremecida de horror: la visita de la señora Angelín, la brusca aparición de Alejandro, que había visto el bolso, que había oído la promesa de próximos socorros, la fecha y la hora. La infeliz no podía, por otra parte, tener duda alguna respecto a quiénes eran los autores del crimen, puesto que el pañuelo encontrado en el cuello de la víctima era suyo, uno de los pañuelos que Alejandro la había robado, bordado con la inicial de su nombre, una de esas pobres coqueterías corrientes que se venden por millares en los grandes almacenes. Este era el único indicio, tan vago, tan general, que la policía buscaba inútilmente, desesperando de descubrir a los criminales.

Mateo, sentado sobre la cama, permanecía helado de espanto. ¡Dios santo! ¡Pobre y desventurada señora Angelín! Veíala aún joven, alegre, radiante, allá abajo en Jonville, recorriendo los bosques con su marido, errando por los desiertos senderos, perdiéndose en la sombra discreta de los sauces del Yeuse, en una continua fiesta de amor de tal naturaleza, que sus besos resonaban bajo los árboles como los trinos de enamorados ruiseñores. Veíala, más tarde ya, demasiado castigada por aquella época imprevista de loca ternura, desesperada de no poder tener aquel hijo que había

pedido demasiado en querer, alarmada por la enfermedad de su pobre marido, que oscurecía con eterna noche, lo que pudiera quedarla de fealdad. Y bruscamente vió también al infeliz ciego, aquel niño viejo, que había quedado ahora sin madre, abandonado, solo entre tinieblas, no viendo más que con el espectro sangriento de la pobre asesinada. ¡Tras tantas promesas y esperanzas de una vida de continua dicha, aquel desdichado, aquella muerte!...

Norina sintió un estremecimiento.

— ¡Oh! nada tema usted; me dejaría matar antes de hablar.

Meses y años transcurrieron y no pudo descubrirse a los asesinos de la dama del pequeño bolso. Durante años enteros, Norina continuó temiendo cada vez que un golpe demasiado fuerte resonaba a la puerta de su habitación; pero Alejandro no pareció más por allí, temiendo sin duda a aquel rincón de la calle de la Federación que parecía sumergido en el océano de París, en sus abismos oscuros e insondables.

II

Durante los diez años que se siguieron, el desarrollo vigoroso de los Froment, continuó, como la vegetación de alegría y fuerza, en el dominio que heredó sin cesar de Chantebled. A medida que los hijos y las hijas crecían y se concertaban celebraban matrimonios, nuevos seres fueron creciendo; toda la prometida cosecha, todo el pulimento de la generación conquistadora, seguía hacia el infinito.